

bres. En cuanto á dinero, le hacia ver que habia mandado depositar en el castillo de Milan un millon de escudos de oro, de los que se le enviáran inmediatamente trescientos mil para que los gastase como mejor le pareciese. Que los otros setecientos mil se irian sacando mensualmente ciento cincuenta mil para las pagas del ejército. Concluia la carta, mandando al príncipe de Parma no dejase de enviar algun socorro á los habitantes de Colonia, que estaban á la sazón en guerra contra su antiguo arzobispo, Gerardo de Truschen, expelido de sus muros. Y como el príncipe de Parma cumplió inmediatamente este encargo del rey, daremos por via de episodio una idea sucinta del motivo que habia encendido la guerra civil en el territorio y arzobispado de Colonia.

Ocurrió á Gerardo de Truschen, arzobispo y elector de Colonia, la fatalidad de enamorarse de una canóniga ó canonesa, llamada Inés de Mansfeld, dama de peregrina hermosura, quien al parecer no se mostró insensible á los obsequios del prelado. Llegó la intimidad de estas dos personas á ser objeto de escándalos en el país, y el amor del arzobispo á términos, de que olvidándose de sus órdenes sagradas y de su carácter de príncipe y prelado católico, resolvió casarse con su dama. Segun algunos, se vió obligado á dar este paso por los parientes de la señora, como una justa reparacion de los perjuicios que habia sufrido su honor con tan estrechas relaciones. Fué celebrado el matrimonio con solemnidad, en Bonna, ciudad del Electorado, y les echó la bendicion nupcial un sacerdote calvinista. Entendieron los católicos que equivalia esta conducta de Truschen á una renuncia indirecta de su dignidad de arzobispo y elector; mas los príncipes protestantes que habian influido en dicho matrimonio, se empeñaron en que permaneciese en su silla arzobispal, separándose de este modo el electorado de Colonia de la comunión romana. Tal vez con este objeto habian fomentado unos amores, de que se escandalizaban los católicos, y aconsejado un matrimonio, que

era en su sentir una manifestacion de guerra abierta.

Pero el senado, el cabildo eclesiástico y el pueblo de Colonia, estuvieron tan lejos de entrar en las miras de los protestantes, que se pronunciaron abiertamente contra el arzobispo, y lo expelieron de sus muros. Se declaró asimismo el emperador Rodulfo contra el príncipe prelado, que se separaba de la comunión católica. El Papa por su parte envió un legado á Colonia, y en virtud de sus informes, excomulgó solemnemente al arzobispo, quien fué depuesto asimismo de su electorado. En seguida se procedió al nombramiento de su sucesor, que recayó en Ernesto de Baviera, hermano del elector y duque de este nombre.

Se suscitó con esto una guerra, en que los intereses religiosos iban envueltos con los mundanos, como tan frecuentemente se veia en todos los conflictos de aquel siglo. Defendieron la causa del arzobispo depuesto los príncipes luteranos, entre los que se contaban el duque de Dos-Puentes, el conde de Salm-Salm, el famoso Juan Casimiro, tan conocido en las guerras de Flandes, y Carlos Truschen, hermano del arzobispo depuesto, á cuyas banderas acudieron tropas, no solo de Alemania, sino de Flandes, á cargo de Juan de Nassau, hermano del príncipe de Orange, y hasta de Francia, que habian militado con el duque de Anjou, y estaban á cargo de Carlos de Mansfeld, hermano de la desposada. Por parte del arzobispo nuevo se pusieron tambien tropas en campaña, á las que se reunieron tres mil infantes y quinientos caballos, que bajo las órdenes del conde de Aremberg, enviaba de refuerzo el príncipe de Parma. Pelearon unos y otros con sucesos varios; mas al fin se decidió la fortuna á favor de la parcialidad del nuevo arzobispo, y los de Truschen, despues de haber perdido todos los castillos y plazas fuertes del electorado, se recogieron á Bonna, la sola ciudad que les restaba. Era gobernador de esta plaza Carlos Truschen, hermano del arzobispo; y aunque trató al principio de hacerse fuerte, fué preso por la misma

guarnicion, que abrió las puertas á las tropas de Baviera. Quedó pues triunfante la causa del arzobispo nuevo, y el depuesto abandonó el pais, retirándose á Delft, en Holanda, poniéndose bajo la proteccion del príncipe de Orange.

Fué de corta duracion esta guerra de Colonia, y su resultado de grandísima satisfaccion para el príncipe de Parma; pues á terminarse de otro modo, hubiesen los príncipes luteranos vencedores aprovechado la ocasion de enviar refuerzos á los confederados. Continuó, pues, el príncipe la guerra con toda su actividad acostumbrada. Era su principal objeto apoderarse de la tres plazas de Iprés, Brujas y Gante, que pasaban por las mas fuertes de los Países-Bajos, para caer despues sobre Amberes, punto principal á que se encaminaban sus operaciones. Mas no hallándose con fuerzas suficientes para ponerles á la vez un sitio formal, trató de interceptar sus comunicaciones, de privarles de recibir víveres, construyendo fuertes de campaña á sus inmediaciones, haciéndose dueños de los canales y rios por donde se transportaban los géneros de su comercio. Por aquel tiempo recibió mas refuerzos de Italia, que incorporó á los tercios de esta nacion, y así se vió con medios mas eficaces de llevar adelante sus designios.

Se hallaba en grande apuro la ciudad de Iprés, delante de la que habia construido el punto fuerte que la dominaba, y que ya hemos mencionado. Poco despues cayó en sus manos un convoy de víveres y municiones que mandaban á dicha plaza los de Brujas, habiendo derrotado á quinientos hombres que le custodiaban. De este modo se aumentaron los apuros de Iprés, y quedaron los de Brujas sin gran parte de las tropas que la guarnecian.

Con el sistema de bloqueo, adoptado por el príncipe de Parma, sufría Iprés los horrores del hambre, creciendo tanto los apuros, que abrió sus puertas á los españoles, reconociendo la autoridad del rey, con facultad de crear magistrados á su arbitrio. Las tropas de la guar-

nicion tuvieron permiso de salir sin armas, sin banderas, ceñidas solamente las espadas, prestando antes juramento de no tomar nunca las armas contra el rey de España. A muy pocos dias despues se rindieron casi con las mismas condiciones los de Brujas. Se capituló entre otras cosas, que se tolerarian los calvinistas por un cierto tiempo, con tal que viviesen sin causar molestia á nadie, dejando al arbitrio del rey el arreglar definitivamente este negocio.

• A pesar de hallarse los de Gante casi en los mismos apuros que los de Iprés y Brujas, no daban indicios de seguir su ejemplo. Ya habia enviado la ciudad comisionados al general español que se hallaba en Tournay, para arreglar las condiciones de la entrega; mas se habian roto las negociaciones por la influencia superior que ejercia en la plaza la parcialidad contraria á la del rey, dirigida por el príncipe de Orange. Sin embargo, la entrega de dos plazas tan principales como Brujas é Iprés, era un negocio de demasiada consideracion para no causar recelos é inquietudes serias á los confederados. En vista de la actividad y talentos desplegada por el príncipe de Parma, tuvieron que pensar seriamente en su propia posicion, que comenzaba á ser crítica y sumamente peligrosa. Sirvió esto de motivo al príncipe de Orange para hacer ver á los Estados la necesidad de reconciliarse con el príncipe francés, cuyas imprudencias habian sido tan fatales para él y para ellos. Dieron los Estados oidos á la proposicion, y enviaron al duque de Anjou comisionados con objeto de anudar los vínculos de amistad que se habian roto. Mas se habia tomado muy tarde esta medida, por la muerte de dicho personaje, acaecida en aquel mismo tiempo, segun unos de enfermedad natural producida por la melancolía y el despecho, y segun otros, cuya opinion es menos verosímil, á impulsos de un veneno.

Dejó este jóven príncipe pocos motivos de hacer recomendable su memoria. Sin talento, sin capacidad, sin mas resortes de accion que una inquietud natural que sin cesar le devoraba, fué casi siempre instrumento de in-

trigas ajenas, á pesar de que sus inmensos bienes y posición social debían de constituirle en jefe de partido. De que estaba dotado de ambición, dá testimonio toda su conducta; mas sin conocimiento de los hombres y su propia situación, incurrió en muy notables desaciertos. De poca sinceridad, de ninguna buena fé, se mostró digno hijo de Catalina de Médicis, digno hermano de los tres príncipes que consecutivamente ocuparon el trono de Francia. Educado en la religión católica, se unió no pocas veces con los calvinistas; heredero de Enrique III, y por lo mismo su aliado natural, le causó mil disgustos y le suscitó embarazos de que debía resentirse él mismo si alguna vez llegaba á la corona. Aceptó el gobierno de los Países-Bajos sin penetrarse de los compromisos en que se ponía. Atentó á las libertades del país, desconociendo que si el país peleaba desde tantos años, era justamente en obsequio de estas libertades. No es extraño que el recuerdo de estas faltas emponzoñase su existencia, y que viéndose aborrecido en Flandes, poco considerado de su hermano, y sin los auxilios de los que habían sido sus aliados, se abandonase al despecho que conduce muchas veces á la desesperación y es síntoma de muerte. Con la de este príncipe solo quedaba un varón de la casa de Valois, y este era Enrique III, cuya sucesión, por falta de hijos, pasaba á Enrique de Navarra, calvinista. Así fué este un acontecimiento importantísimo para los jefes de la santa liga, sobre todo para el rey de España, que en esta asociación por medios tan poderosos influía.

Fué seguida la muerte del duque de Anjou de otra mucho mas importante para los Países-Bajos. El príncipe de Orange, objeto de tanto horror para los católicos, proscrito por el rey de España, blanco de las muchas asechanzas que tan fatal decreto producía, pereció por fin en Delft, víctima de un asesino. Cuatro diferentes y por separado meditaban á un tiempo dicha empresa; mas cupo la horrible distinción de ejecutarla á un

tal Baltasar Gerard, natural de Borgoña ó del Franco Condado, quien habiéndose introducido en su casa con pretexto de entregarle cartas del duque de Anjou, disparó á traición al príncipe un pistoletazo, que le dejó muerto en el instante. Tomó inmediatamente la fuga el asesino; mas fué cogido é interrogado con el auxilio del tormento. Declaró que habia comunicado el proyecto de matar al príncipe, á su confesor, á dos jesuitas, al conde de Mansfeld y al príncipe de Parma; mas nada le pudieron arrancar acerca de los cómplices en la perpetración del acto, manifestando siempre que no tenia ninguno, y no habia obrado con otro motivo que el de vengar la religión católica de los agravios recibidos por el príncipe de Orange. Persistiendo en la misma negativa, sufrió los horrores del suplicio, en que fué descuartizado vivo. Se hallaba el asesino en la flor de su edad, y aunque es probable no estuviese solo en la trama, tampoco es imposible que el fanatismo religioso, tan comun en aquella época, le hubiese arrastrado á una acción que no solo él, sino los católicos ardientes, tuvieron por altamente meritoria.

Así pereció á la edad de cincuenta y dos años Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, el enemigo mayor, ó á lo menos el mas odiado por el rey de España. Pocos hombres fueron juzgados mas diversamente entonces y aun despues por los historiadores; y no podia ser otra cosa, en vista de la pugna de opiniones y el encarnizamiento con que cada partido político ó religioso trataba á sus antagonistas. Como rebelde, como ingrato, como fautor de la heregía, como hombre de astucia diabólica, debió de ser tratado por los católicos adictos á la parcialidad del rey de España; mientras los protestantes, los que tomaban tanto interés en la revolución de los Países-Bajos, le pintan como eminente patriota, como político consumado, como defensor y mártir de las libertades de su país, como uno de los grandes apóstoles de la verdadera religión evangélica, cuyos principios desconocían los católicos.

Examinando bien estos dos cuadros y despojando los hechos del espíritu de parcialidad, no es difícil reducirlos á sus justas proporciones. Que el príncipe de Orange fué un hombre sagaz, político, entendido, justo apreciador de las circunstancias que le rodeaban, conocedor en fin de los hombres y de las cosas, no puede estar sujeto á duda. Ninguno sabia sacar mejor partido de las faltas de sus enemigos; en los desaciertos políticos del rey de España ó de sus agentes en el gobierno de los Países-Bajos, encontró un campo fecundo en todo género de hostilidades. En los verdaderos motivos que le impulsaron á declararse en guerra con el rey, no necesitamos internarnos; mas es un hecho, que cualesquiera que hubiesen sido, sirvió á una causa popular, altamente patriótica, que debía arrastrar en pos de él los ánimos de la muchedumbre. El fué el primer impulsador de un alzamiento que ocupa un lugar distinguido en la historia del siglo XVI, y desde el primer acto de su hostilidad, disfrazada entonces bajo el velo del obsequio, hasta el fin de sus días, no perdonó ocasion ni medio, ni dejó de trabajar un solo instante por llevar á su término la grande obra comenzada. Hombre ya eminente por sus riquezas y prosapia, magnífico, generoso, muy popular en medio de su cualidad de taciturno, activo y perseverante, atento, cualquiera que fuese su ambicion, á manifestar que no era el móvil principal de su conducta, tenia todas las cualidades necesarias para ser un gran jefe de partido. Aunque el todo de los Países-Bajos no sacudió la dominacion del rey de España, cupo al príncipe de Orange la gloria de ser el fundador de la república de las Provincias Unidas, ó de Holanda, del nombre de una de ellas, y de que sus descendientes rigiesen con muy pocas interrupciones los destinos del país, contándose entre ellos el que actualmente le gobierna con el nombre de rey de los Países-Bajos. Por lo demas, si el príncipe de Orange ocupa tan alto puesto en la historia como hábil político, como grande hombre de Estado,

como activo gobernante, no nos parece que como hombre de guerra, como capitan, tiene derechos á un título muy distinguido. En las dos entradas que hizo los Países-Bajos, quedó totalmente eclipsada su estrella por la del duque de Alba. Desde entonces no le vemos al frente de los ejércitos, ni concurrir con su persona á ninguno de los infinitos choques que en campo raso ó con motivo de sitios de plaza se trabaron entre las armas de España y las de los confederados. Ni en el gobierno de don Luis de Requesens, ni con don Juan de Austria que dió batallas en persona, ni con el príncipe de Parma, que dirigia tantas operaciones de sitio, se midió nunca el príncipe de Orange. Sin querer, pues, defraudar su reputacion militar, debemos pensar que fué inferior, y tal vez lo reconocia él mismo, á los capitanes ya citados.

A proporcion que fué celebrada la muerte del príncipe de Orange por la parcialidad de España, causó un profundo dolor y cubrió verdaderamente de luto á los confederados. Se celebraron sus exequias con toda pompa y solemnidad en Delft y en todos los pueblos considerables de la Holanda. En medio de su afliccion tuvieron los Estados el consuelo de que Mauricio, hijo segundo del difunto (pues el primero estaba preso en España), jóven de diez y nueve años, daba esperanzas de seguir las huellas de su padre. Así lo acreditó con el tiempo el príncipe Mauricio, desplegando igual actividad, igual genio en política, igual conocimiento de las cosas y de los hombres. Le invistieron los Estados con el gobierno de las provincias regidas antes por su padre, nombrándole al conde de Holach por su principal director y consejero.

Privados los Estados de Flandes del duque de Anjou y del príncipe de Orange, amenazados de perder sus principales fortalezas por la habilidad que desplegaba el de Parma, se vieron envueltos en terribles embarazos. Se abrió con esto nuevo campo á los agen-

tes de España para proponer vias de avenencia y conciliacion con su antiguo soberano; mas se habian contraido demasiado grandes compromisos para que se pensase con sinceridad en semejante arreglo. Volvieron de nuevo sus ojos los confederados hácia Francia, y enviaron una solemne embajada á Enrique III, solicitando su proteccion y auxilios, ofreciéndole recibirle y reconocerle por señor con ciertas condiciones. Era tentadora la proposicion, y no podia menos de halagar á Catalina de Médicis y aun á su hijo, que no ignoraba la guerra sorda que le estaba haciendo el rey de España. Mas dominaban en el Consejo los jefes de la liga, tan estrechamente unidos á este último, é hicieron ver á Enrique III los graves peligros á que expondria el país aceptando una soberanía que le acarrearía mil gastos sin utilidad alguna. Vaciló el rey como lo tenia de costumbre, y no siendo en realidad el mas fuerte, cedió á influencias extrangeras, dando una negativa formal á las proposiciones que le hacian los de Flandes. Con este motivo se vieron éstos en necesidad de buscar otro protector y auxiliador, que hallaron al fin en la persona de la reina de Inglaterra. Mas antes de pasar á este nuevo orden de cosas en los Países-Bajos, necesario será que retrocedamos algo y nos ocupemos en los asuntos de Portugal, de tanta importancia y bulto en la historia que escribimos.

CAPITULO LIII.

Asuntos de Portugal.--Muerte de don Juan III.--Regencia del cardenal don Enrique.--Carácter é inclinaciones del rey don Sebastian.--Toma las riendas del gobierno.--Su primera expedicion al Africa.--Vuelve á Lisboa.--Hace preparativos para una nueva empresa.--Se declara protector del emperador destronado de Marruecos.--Su entrevista en Guadalupe con el rey de España.--Se embarca con su ejército.--Llega á Cádiz y de aquí á las costas de Africa.--Plan desacertado de campaña.--Batalla de Alcazarquivir.--Total derrota del ejército portugués.--Muere en el campo de batalla el rey don Sebastian.--Pormenores de la pérdida.--Traslacion del cadáver de don Sebastian á Lisboa (1).

1557—1578.

PARTICULARIDAD es de grande consideracion en la historia de Felipe II, que habiendo heredado de su padre la monarquía mas vasta entonces de la Europa, hiciese adquisicion de otra, que si no muy grande por su territorio de esta parte de los mares, formaba por sus ricas posesiones de la otra una de las principales potencias en el orbe culto. Se vé que hablamos de Portugal, cuya historia, en todos tiempos tan enlazada con la nuestra, se puede considerar como la misma en lo que nos resta del reinado que escribimos.

A la muerte de don Manuel, ocurrida en 1521, subió al trono su hijo don Juan III, hermano de la emperatriz Isabel, y casado con Catalina de Austria, hermana de Carlos V. Los historiadores hacen todos mencion muy buena de este principe por su amor á la justicia y capacidad en materias de gobierno. Se hallaba entonces en un estado de brillo y de grandeza por sus vastas posesiones de Africa y Asia, que daban al comercio y á la

(1) Herrera, Historia de Portugal. Cabrera, vida de Felipe II. Ferreras, Historia general de España. La Clede, Historia de Portugal. Mello, id. Vasconcelos, Anacnphalceosis.